

Conclusiones

Llegar a una conclusión –o serie de conclusiones– acerca de la relación entre escritores e intelectuales con la revolución cubana durante la década de los sesenta implica tomar en cuenta diversos factores que se estudiaron a través del presente trabajo:

a) El origen histórico del movimiento revolucionario en Cuba y el contexto en el cual se dio su triunfo.

b) El punto en que se encontraba la evolución de las letras hispanoamericanas al momento del triunfo de la guerrilla revolucionaria cubana.

c) La radicalización del pensamiento socialista revolucionario y la serie de cambios en la política cultural que esta radicalización implicó.

d) La posición adoptada por los escritores e intelectuales ante esta radicalización.

Obviamente, la red de relaciones que se puede establecer entre todos estos factores es bastante compleja, y las conclusiones a que nos puede llevar varían, dependiendo del enfoque que decidamos darle a nuestra aproximación. En este caso, hemos tomado como eje principal el último punto: la consideración y consecuente toma de posición de escritores e intelectuales, primero, ante las expectativas abiertas por la presencia de un régimen socialista en Hispanoamérica, y segundo, ante el desarrollo de los hechos –principalmente culturales– bajo la influencia de ese régimen.

La primera línea de nuestra red se puede tender entre los trabajadores de las letras y el panorama histórico que enmarcó el triunfo revolucionario: la creciente hegemonía norteamericana que amenazaba la soberanía del resto de las naciones del continente. Las señales de alerta que personajes de las letras como Martí y Rodó dejaron

son muestra de una preocupación constante por la definición de lo hispanoamericano en contraste con lo anglosajón. La segunda línea es la que une esta situación con la aparición de un régimen que enarbó la bandera antinorteamericana aun antes de declararse socialista: los escritores e intelectuales encontraron un frente abierto de oposición a una situación que había marcado históricamente el desarrollo de las relaciones entre las naciones del continente americano, con evidentes desventajas para el conjunto de naciones hispanas. La tercera línea se tiende hacia el elemento puramente literario: a finales de la década de 1950, los productores y teóricos de la vanguardia literaria en Hispanoamérica se encontraban dedicados a una renovación consciente de las letras; estaba ya germinando la semilla que la apertura hacia la tradición literaria occidental había plantado en el terreno de la creatividad hispanoamericana más de dos décadas atrás. El ambiente cultural promovido durante los primeros años del régimen revolucionario en Cuba fue óptimo para el impulso de este nuevo tipo de literatura hispanoamericana: el establecimiento de la Casa de las Américas, la organización de concursos literarios y la publicación de la revista homónima de la institución fueron eventos que sirvieron para incrementar el entusiasmo de la intelectualidad de nuestra zona geográfica. La creación de este ambiente para el intercambio cultural entre las distintas naciones de habla hispana puede ser considerada la principal contribución de la revolución cubana para la aparición de un fenómeno como el denominado *boom* de la narrativa hispanoamericana. Convergencia de elementos sociopolíticos y culturales fue lo que se necesitó para que la literatura hispanoamericana trascendiera definitivamente los límites continentales: las instituciones revolucionarias sirvieron de amplificador para la voz de nuestros narradores. Sin embargo, esta relación “idílica” no duró mucho tiempo: el endurecimiento de la línea socialista del gobierno cubano pronto derivó en la jerarquización de los distintos aspectos de la vida revolucionaria, ocupando el puesto

preponderante la defensa de la base política y económica del régimen: todo lo demás quedó supeditado a esa necesidad fundamental, aun la creatividad de los escritores y la práctica de la crítica literaria. Es en este punto donde comenzó a abrirse una grieta que años más tarde terminaría por escindir de manera bastante drástica la voluntad del gobierno castrista y la de una gran porción de los productores y teóricos de la literatura hispanoamericana. Si bien es cierto que ninguno de los escritores o intelectuales negó la importancia de la revolución cubana, y la mayoría de ellos se adhirió a sus principios sociales y económicos, también es cierto que una parte importante (sobre todo de entre los escritores) no consideró la posibilidad de supeditar su trabajo con las letras a las demandas no de compromiso social, sino socialista, que desde Cuba les dirigía Castro.

Es necesario hacer aquí una distinción entre la actividad creativa –propia de los escritores– y la actividad teórica –correspondiente a los intelectuales–, ya que cada una presentó una problemática diferente para los requerimientos revolucionarios. El trabajo de los intelectuales está directamente relacionado con la formación de opinión: de la misma manera que puede teorizar sobre literatura lo puede hacer sobre acontecimientos sociales, políticos o económicos. Debido a esto, el vínculo existente entre su campo de labor y la revolución cubana es más fácil de establecer, ya que de hecho los intelectuales pueden decidir en cualquier momento abordar directamente el tema de la revolución y el régimen castrista en Cuba, presentar sus argumentos y emitir su opinión. El problema que representaron los intelectuales para el gobierno revolucionario se debió, entonces, no a que éstos no quisieran hacer de la revolución la materia de su labor, sino a que en ocasiones –que se fueron multiplicando con el paso del tiempo– las opiniones que emitían eran poco favorables para el régimen cubano. El caso de los escritores era un tanto diferente, ya que su actividad no implicaba el trato directo de la problemática política, económica o social; si como individuos tenían una opinión acerca

de la revolución cubana, esto no era motivo suficiente para que se vieran impulsados a traducir esa opinión en una obra literaria. Claro que podían hacerlo si así lo decidían (de la forma que lo hicieron en algún momento Neruda, Cortázar y Goytisolo), pero las bases para juzgar una obra literaria no descansan sobre sus méritos de activismo sociopolítico. Es por esto que aquellos escritores que fueron a la vez intelectuales se vieron en una situación bastante difícil: el negarse a hacer de su literatura un vehículo del pensamiento revolucionario los alejaba del sistema cubano, a pesar de que en el plano intelectual se identificaran con los principios revolucionarios. Si con el paso del tiempo su opinión acerca de la revolución se volvía menos favorable, su relación con Cuba corría el peligro de romperse de manera definitiva.

Relacionando todos estos factores, llegamos a la conclusión de que la influencia que tuvo la revolución cubana sobre los escritores e intelectuales es algo innegable, ya que la existencia de un fenómeno sociopolítico de tal magnitud se convirtió en un factor que obligó a los artífices de las letras hispanoamericanas a replantearse cuestiones que subyacen tanto el proceso de elaboración como el resultado su trabajo. Aun quienes decidieron no adherirse a la línea “revolucionaria” de la literatura tuvieron que considerar en algún momento la posibilidad de hacerlo, y más importante aún, sustentar su negativa, después de que el panorama revolucionario inicial había sido tan alentador para el desarrollo de la cultura hispanoamericana. Quienes, por otro lado, se apegaron a la norma “revolucionaria” en la producción o teorización literaria, tuvieron que llevar a cabo la misma consideración para llegar a la convicción de que lo que Hispanoamérica necesitaba era que sus letras reflejaran la pugna económica y política que se estaba desarrollando entre una isla del Caribe, integrada al bloque del socialismo internacional, y su vecino del norte, paradigma del sistema capitalista.